

El elefante de la India vaga por las Indias, Conchinchina, Siam, Pegú, Indostán y la isla de Ceylán.

Existe en la frontera septentrional del Indostán una pequeña región que ofrece un maravilloso compendio de la flora tropical. Esta región rodea la base y asciende por los flancos del Himalaya. En su parte inferior presenta un suelo dotado de exuberante y espléndida vegetación. Serie, no interrumpida, de junglares y bosques, bañando sus raíces en deliciosos arroyuelos. Perpetuas brumas envuelven esta zona, que se apellida *Teraï*; y á la mitad del día, cuando el ardoroso sol de los trópicos baña con sus rayos incandescentes aquella prodigiosa vegetación, vese elevar, del seno de la Tierra, espesas columnas de vapor, que semejan, á maravilla, columnas de humo, que ocultan, á los ojos atónitos del viajero, el espléndido azul de los cielos.

Las plantas brotan allí, y crecen, y mueren sólo de plétora de savia y jugos, y pudren sus raíces; pero jamás se secan las hojas, que reverdecen eternamente.

Esta región es inhospitalaria é inhabitable para el hombre. Los animales mismos huyen del *Teraï*.

Sobre esta llanura, larga y estrecha, aparecen los primeros picos del Himalaya; y hasta una altura de 3,000 pies vense magníficas palmeras, bambús gigantes, gomeros é higueras colosales, junto á las cuales multitud de plantas trepadoras y enredaderas mezclan sus cortinas de verdura, esmaltadas con preciosas flores de vivos colores.

Más arriba aún de la montaña, desde 6,000 hasta 10,000 pies de altura, la escena cambia de nuevo, y se trueca en más imponente. Es la región de los grandes bosques resinosos, pinos de grandes hojas, pinos espinosos, cipreses, cedros, entre ellos el soberbio *deodara*, que alcanza 70 metros de alto y 10 de grueso. Estos árboles gigantes crecen en los puntos más abruptos, en las vertientes más escarpadas, y forman los bosques y selvas vírgenes de la India. «Allí,—dice un célebre viajero (Mr. Robert de Schlagintwiel),—cada árbol crece y se desarrolla, sin que embaracen sus movimientos las plantas trepadoras. Cada árbol tiene vida individual, destacándose el tronco de una manera vigorosa, y la mirada se posa admirada sobre las copas de aquellos árboles y sobre los gigantescos arbustos de *rhododendrus* y de magnolias, matizados con el color de sus flores rojas y blancas, y perfumando el ambiente con embriagadores olores.»

Mientras que en los bosques insanos del *Teraï* todo es soledad y silencio, los del Himalaya hállanse poblados por numerosos animales, cuyas especies varían según las zonas.

Hasta la altura de 10,000 pies, así en los días calurosos del año como durante el invierno, los monos, con sus ridículos gestos, saltan y brincan de rama en rama. Los huecos de las rocas proporcionan guaridas á las zorras, al oso, al leopardo, y aun al tigre. En las rocas, y junto á los arbustos, se enroscan las serpientes, bañando y luciendo sus escamas al Sol.

Millares de pintadas mariposas de todos colores vuelan entre las flores; faisanes de brillante plumaje, innumerables lorós diminutos, parleros y alborotados, gallos y pollos salvajes; animan é interrumpen la soledad de las florestas.

Más arriba de los 14,000 pies, todos los animales de las zonas inferiores desaparecen; y vense los *kiangs*, ó caballos salvajes, los *yaks* ó bueyes tibetanos, antilopes, gacelas, brincar por las altas mesetas rocosas, y no revolotean otras aves que el águila y el buitre.

El animal que ofrece rasgos salientes y característicos de los grandes bosques de la India es el elefante salvaje, reunido en bandada, y escondido en las fragosidades de las selvas.

El aspecto del elefante lleva el sello prehistórico, y recuerda el *mammoth* y el mastodonte. La historia menciona al elefante en numerosas páginas, ya como vehículo de transporte, ya como poderoso elemento de guerra. Los antiguos hablan con frecuencia del elefante de la India y del elefante de África. Los etíopes hicieron, desde los más remotos tiempos el comercio del marfil. Herodoto menciona ya á los elefantes, y les apellida *elephas*. Stesias, el médico de Artajerjes Mumon, describe el elefante que vió por vez primera en Babilonia. Darío es el primero que empleó los elefantes en la guerra contra Alejandro. Aristóteles hace del paquidermo una descripción bastante exacta. Desde entonces la historia habla ya, con frecuencia, de los elefantes en las interminables luchas de los pueblos para avasallarse, y se les vió, en Europa, en las campañas de Italia. Los cartagineses sabían adiestrar á los elefantes para la guerra, y combatían á maravilla con los hombres, pero no contra los otros elefantes (1).

Los romanos, que abusaron en todo de la fuerza, llevaron al Circo tal número de elefantes, que llegaron á despoblar de ellos el norte del Atlas. La historia y la tradición, de consuno, relatan las pasmosas habilidades que hacían los elefantes, amaestrados por los romanos, llegando á subir y bajar por una cuerda inclinada.

Los elefantes de la India son menores que los del

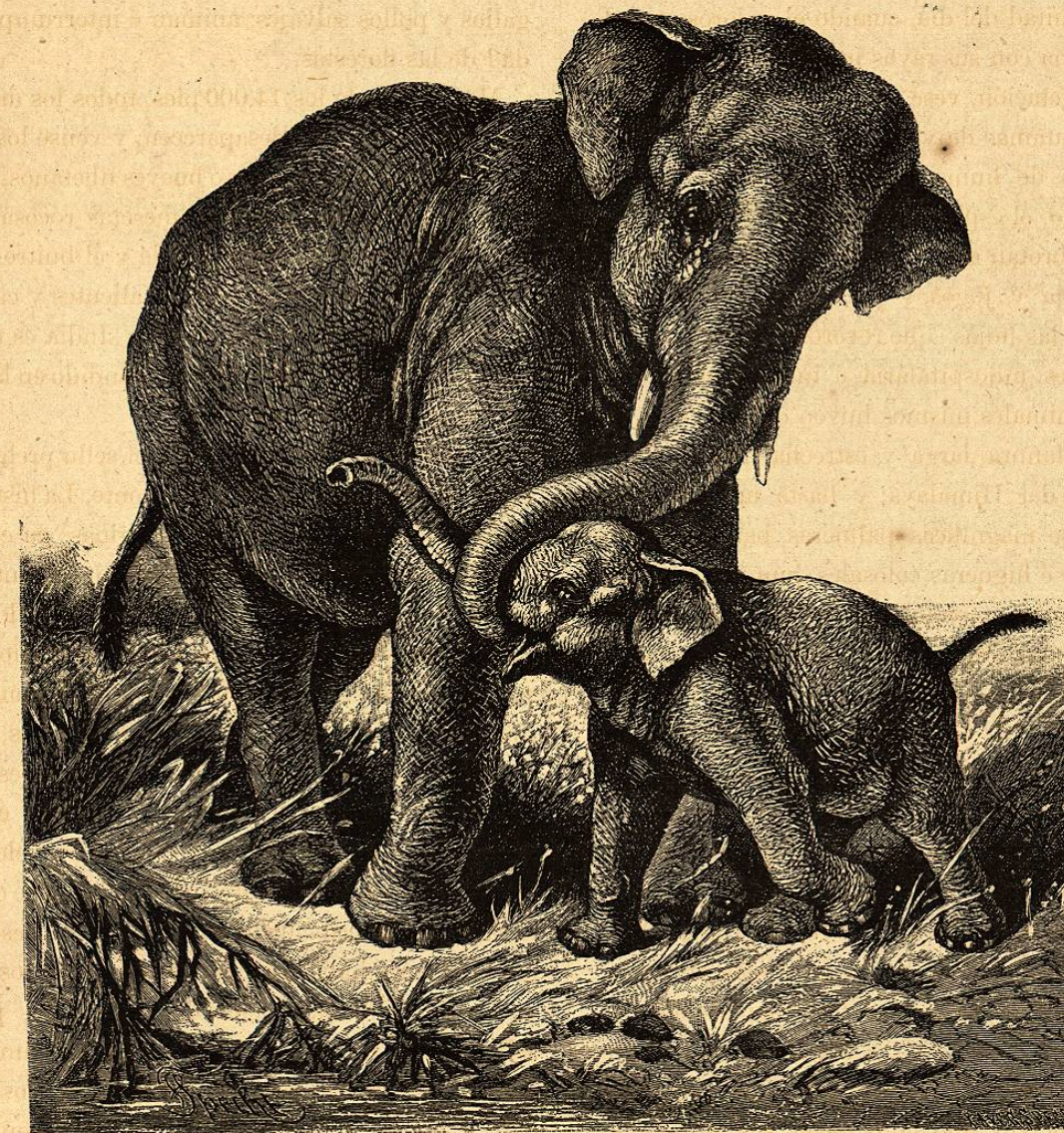
(1) Armandi: *Histoire militaire des éléphants depuis les temps les plus reculés.*

África, y tienen la cabeza más alta, la frente vertical, las orejas pequeñas y movedizas, y los colmillos más diminutos. La piel del elefante ofrece diverso pelaje, oscuro unas veces y claro otro.

No hemos de ser muy minuciosos en la descripción de los elefantes de la India, pues las exhibiciones zoológicas son hoy más frecuentes, y los grabados han vulgarizado la imagen de los paquidermos.

Las regiones favoritas del elefante de la India son los grandes y espesos bosques, abundantes de agua. Erróneamente se ha afirmado por algunos que los elefantes no visitaban las regiones frías y elevadas. En Ceylan, por ejemplo, los elefantes abundan en los sitios montañosos y accidentados.

«En el Unach,—dice Tennent,—en que las altas mesetas se ven á menudo cubiertas de una capa de escar-



Elefante de la India

cha, se hallan numerosos elefantes á una altura de unos 2,600 metros, mientras que en vano se les buscará por los junglares. Ninguna altura es demasiado fría, ni expuesta al viento, mientras que hallen allí agua en abundancia. El elefante evita los ardorosos rayos del Sol, y se oculta en la espesura y aprovecha la frescura de la noche para realizar sus peregrinaciones. Como todos los paquidermos, es más nocturno que

diurno. Verdad es que pasa y se alimenta durante el día; pero, realmente, cuando vive es por la noche. Si el cazador ó el viajero sorprenden una manada de elefantes durante el día, los halla acostados tranquilamente uno al lado del otro. El aspecto tranquilo y pacífico con que aparece aquel cuadro, en que unos elefantes duermen, otros juguetean con la trompa, otros cogen ramas y hojas, ponen en su punto las exageraciones



de ferocidad, maldad y venganza de los elefantes, que, aun reunidos en bandadas, huyen en dirección al corazón de las selvas así que notan la presencia del hombre.

En todas las selvas habitadas por elefantes fácilmente se reconocen sus huellas. El guía de la manada va delante, sin preocuparse de los obstáculos, rompiendo ramas, arrancando de cuajo arbustos. Tras largas caminatas, la bandada de paquidermos suele hacer altos en los claros de los bosques.

La marcha del elefante trepando por las crestas y pasos difíciles es admirable, haciendo milagros de equilibrio.

El elefante nada muy bien, y se sumerge menos que los otros cuadrúpedos.

Con verdadera voluptuosidad se lanza en el agua, y atraviesa con firmeza los ríos más anchurosos.

La máquina más maravillosa que usa el elefante, es su trompa; y no sabemos qué admirar más: si la fuerza de este órgano ó los movimientos variados que puede ejecutar, ó bien la destreza con que coge los objetos. La trompa, que le sirve para coger delicadamente una moneda, un papel, tiene fuerza para desgajar un árbol.

El elefante emplea sus colmillos, unas veces para levantar grandes pesos, otras para apartar enormes piedras, ó abrir hoyos en tierra. El elefante ahorra aquellas armas ofensivas y defensivas, pues no son su principalísimo elemento de defensa.

Las facultades físicas del elefante se hallan en armonía con su organización. Su oído es muy sutil, pero la vista algo débil; y los que han observado al elefante en libertad afirman que su campo visual es muy limitado. Todos los cazadores saben que el más ligero crujido de una rama basta para poner en guardia al elefante. Su olfato es finísimo; así es que para cazarle es necesario hacerlo en dirección contraria al viento.

Las facultades intelectuales son, cuando menos, iguales á las de los mamíferos mejor dotados. Un elefante salvaje, tímido, inquieto, prudente, no puede parangonarse con el elefante cautivo y adiestrado, y cuyas facultades intelectuales han adquirido superior desarrollo.

«Un plantador de café, apellidado Raxava,—dice Tennent,—había notado que en el momento de estallar la tempestad los elefantes salvajes abandonaban de repente la selva, y se tendían en las praderas, lejos de los árboles, mientras que centelleaba el rayo y se oía el trueno.»

El elefante salvaje es más sencillo que prudente. Su inteligencia no le lleva al artificio y á la celada. La

rica y feraz naturaleza que le rodea le dispensa de hacer uso del resto de sus facultades.

Es un error, pues, repetimos, afirmar que el elefante es un animal terrible, pues es dulce y tranquilo, y vive en paz con los demás seres de la creación. No ataca, á menos de verse forzado á la lucha. Su más terrible enemigo,—dice también Tennent,—es la mosca; y un ratón espanta también al paquidermo. Todo cuanto se ha dicho acerca de las luchas entre el elefante, el león y el tigre, son puras fábulas. Los carniceros no se atreven á atacar al elefante, y éste no busca ocasiones de lucha.

Las bandadas de elefantes forman una gran familia, y llegan á ser quince, veinte, treinta, y hasta ciento. Andersu, cerca del lago Nigami, vió una bandada de cincuenta elefantes; Barth, en el lago de Tschad, una de noventa y seis.

El jefe de la bandada es el más prudente. Unas veces macho, y otras hembra, sus funciones son guiar á la piara, evitar los peligros, registrar los bosques, y, en una palabra, cuidar por la seguridad general. Todos los elefantes salvajes, ya lo hemos dicho, son muy tímidos y prudentes; pues bien: el guía lo es más que todos. Penosos deberes y responsabilidades tiene el elefante que goza el rango de jefe; pero, en cambio, sus subordinados le obedecen ciegamente. La guerra civil no se enciende jamás entre aquellas numerosas bandadas, y los elefantes siguen sin vacilar á sus jefes, aunque les conduzcan al sacrificio y á la muerte.

Refiere el mayor Skinner que, en la época de sequía y de grandes calores, en algunas comarcas, los riachuelos, arroyos y estanques se secan: los elefantes de la India sufren entonces mucho; y suelen reunirse durante horas enteras, contemplando, melancólicamente, los charcos del agua.

«Una noche, en que la Luna brillaba espléndidamente en el firmamento, salí de mi choza, enderezando mis pasos hacia un sitio que sabía era visitado por los elefantes.

No tardé en hallar un observatorio dispuesto á maravilla: era un árbol gigantesco, cuyas ramas se extendían sobre las aguas del estanque.

Al cabo de dos horas vi salir de la espesura á un grande elefante, que al llegar á unos 300 pasos del estanque se paró para escuchar. Había llegado hasta allí sigilosa y silenciosamente, y permaneció inmóvil como una roca durante algunos minutos. Avanzó y paróse de nuevo, escuchando siempre; operación que repitió tres veces, abriendo el elefante sus enormes orejas en actitud de escuchar.

Llegó el paquidermo, al fin, junto al agua, donde vi reflejarse su imagen, pero no bebió; y, tras algunos instantes de contemplación, volvió la espalda, internándose, de nuevo, en la selva.

No tardó el elefante en reaparecer, pero seguido de cinco compañeros. Todos avanzaron con el mismo sigilo, bien que no tan silenciosamente. El guía colocó á los cinco elefantes de centinela, y penetró, otra vez, en las fragosidades de la selva.

Por fin, el grueso de la piara de elefantes salió del bosque, en número de ochenta á cien, guiados por el jefe. Marchaban silenciosamente, y, cosa rara, les veía y no percibía, casi, el más leve rumor. Se pararon en mitad del camino, y el guía se adelantó para conferenciar con los centinelas; y, tranquilizado, sin duda, por completo, hizo la señal de que podían avanzar. La piara, entonces, libre de todo temor, adelantó resueltamente hasta el borde del estanque.

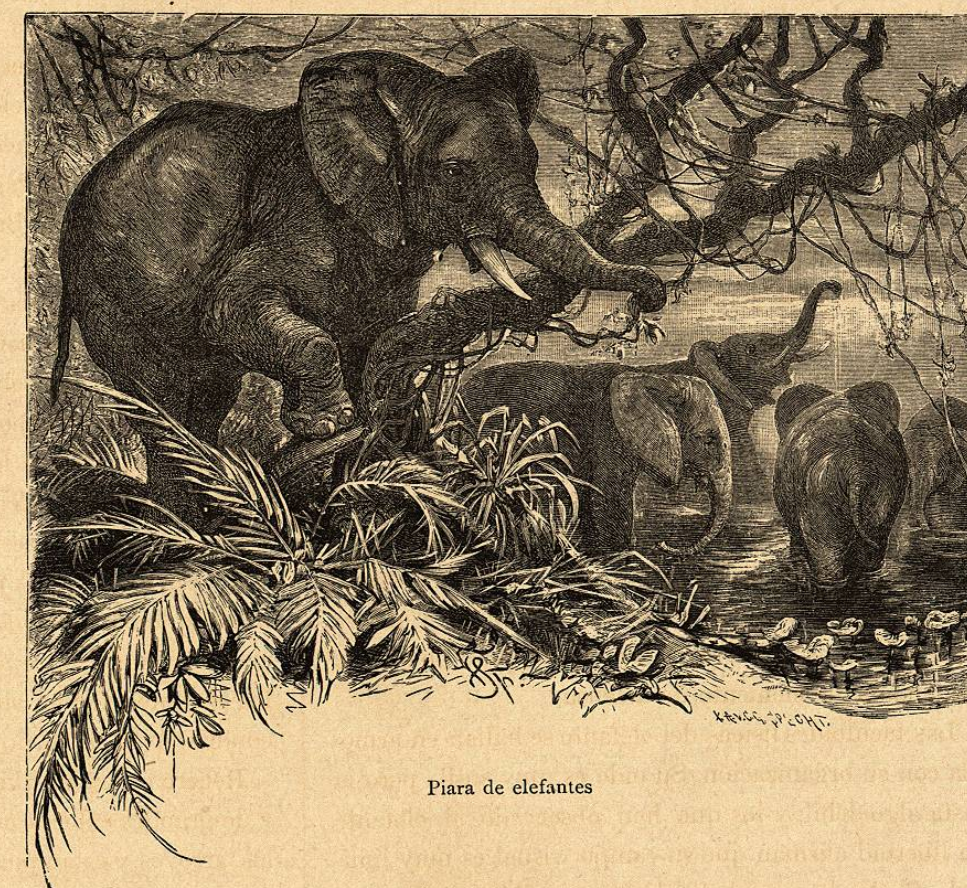
¡Hermosa escena! Las mansas aguas del lago, por cuya superficie rielaba poéticamente la Luna, turbadas por un ejército de elefantes; la piel rugosa y negruzca de los paquidermos, aparecía brillante y cobriza á los rayos de la Luna. Los elefantes bebieron, primero, ávidamente, y se bañaron después en el lago. El guía fué el último.

Jamás he visto á tantos elefantes reunidos en las selvas. Estaban tan sedientos, que creí que iban á vaciar el estanque. El crujido de las ramas, que hice al cambiar de posición, sembró la alarma entre los elefantes, que desaparecieron, internándose en el bosque.

Los elefantes se dirigen con igual prudencia á buscar el alimento. Las selvas que habitan son tan ricas, que los paquidermos jamás sufren hambre. Su diversión favorita es romper ramas de los árboles, y jugar con ellas.

En sus peregrinaciones nocturnas los elefantes visitan alguna vez las plantaciones, donde causan grandes destrozos. Pero el menor espantajo, una leve empalizada, bastan para detenerlos.

Los habitantes del Sudán atribuyen la conducta del elefante, no á su timidez, sino á un sentimiento innato de justicia. «Los elefantes que vagan junto á las orillas del Río Azul,—me decía un *cheik*,—son de genio dulce y pacífico. Mi padre y mi abuelo, no han recibido el más pequeño rasguño. Cuando se acerca la época de la recolección, cuelgo algunos amuletos en las ramas de



Piara de elefantes

los árboles, y esto basta para contener á unos animales tan justicieros como religiosos.»

En las montañas del Habesch, los cambios de estación determinan las emigraciones de los elefantes. En el país de los Bogos suben y bajan dos veces al año, casi por el mismo camino. La falta de agua les hace descender hacia la llanura.

## II

El elefante de Africa es mayor que el de la India, y se distingue de éste por su cabeza aplastada, su frente inclinada, sus orejas inmensas é inmóviles y sus grandes colmillos. Hoy día el elefante de Africa se halla en el centro de aquella región, desde el Océano Indico al Océano Atlántico, del 16° de latitud norte al 25° de la